

DE MAYO DE 1966

EL LABERINTO Y EL HILO

RECUERDO DE GINÉS
PARRA

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Entre 1951 y 1952 estuvo en Lima para exponer su obra el pintor español Ginés Parra. Varias colecciones locales tienen telas suyas con temas de París —ciudad en la que estaba radicado— y temas peruanos. Parra ganó la amistad de las gentes de aquí merced a su personalidad auténtica y sencilla. Con el aire de un campesino (con su cara, se podía decir parodiando la descripción que hizo Neruda de Miguel Hernández, de fruto recién sacado de la tierra), reconcentrado en sí mismo y como mirando a un mundo interno demasiado atrayente para ser descuidado por entretenimientos baladís, el artista poseía un penetrante sentido de la belleza plástica de las cosas y las realidades. Su paleta, su arte, describían los modelos del paisaje, sacándoles previamente el jugo pintoresco y dejándolos en una suerte de hueso duro y fuerte que era como su esencia. De ahí que le interesaran del Perú, el desierto costeño con sus onduladas y yertas latitudes sin flor y la cordillera andina de roca tensa e imponente. Su expresión era idéntica a él, al punto de parecer un personaje de sí mismo, una suerte de imaginario fruto de sus propias imaginaciones. Aunque andaluz, Parra se asemejaba a Castilla, a su llanura hispida. Así austeramente pintó también el Sena de aguas lechosas, de puentes plúmbeos, de líneas corpóreas en desniveles y rupturas. Todo eso es lo que Parra significa, inmerso en su silencio y generoso, en nuestro recuerdo.

En nuestro recuerdo, sí, porque Ginés Parra ha muerto hace poco más de un mes. Un amigo nos da la noticia y ella es tan inesperada que no resulta creíble, y el desaparecido vuelve a vivir en la memoria, está ahí intacto negándose a ceder al estado impenetrable que el fin supone en los seres. No hubo cable porque Parra, pese a que tuvo un público tanto en Europa como en América, nunca fue un artista a la moda, tal vez por causa de su decisión tácita de no entrar en la competencia de las novedades, en la feria de la emulación por las sorpresas. Pintaba por necesidad de comunicación y cuando la pintura no le proporcionaba el pan cotidiano, trabajaba en las calles de la gran ciudad francesa en las humildes tareas del obrero, sin abandonar, español a la postre, el orgullo de ser lo que quería ser y nada más. Tenía así su novela, mas la mantenía en el secreto y no la usaba con propósitos publicitarios.

Esa novela, esa peripecia, no le importaba porque su historia estaba escrita con los pinceles en las telas rudas, pétreas, graves, intensas, que dejó. Ahora se puede contar a grandes rasgos la anécdota. Hijo de un hogar humilde de Almería, viajó a América muy joven, como inmigrante, para trabajar primero en la construcción del subterráneo de Nueva York y luego en el de Buenos Aires. Retornó a Francia, donde fue lavador de automóviles. Estallada la guerra de España, viajó a su patria a pelear. Terminado el conflicto, estuvo preso. Libre después, retornó a París. Luchó en la clandestinidad por Francia, por las democracias. Sin pedir recompensa alguna, volvió en la paz a su labor artística y a su tarea de obrero. Los nuevos viajes a nuestro continente, que le significaron un pequeño desahogo económico, no lo cambiaron. Regresó a Francia, a su buhardilla, a sus telas, a sus sacrificios. Picasso le prodigó elogios, de los que nunca habló porque tenía una idea muy personal, muy monacal y ascética, de su actividad creadora. Fue siempre ese hombre callado, un tanto triste, en cuyos ojillos azules se iluminaba la amistad cuando el sentimiento rompía la coraza melancólica que lo ocultaba. Esa misma coraza melancólica que queda en sus lienzos, tras de la cual, una vez que se frecuenta el cuadro, se advierte el temblor humano, la inocencia, la verdad. Ese fondo sustancial es el que hará su arte perdurable.